

La resurrección de la verdadera Iglesia en Haití

Armando Lampe

La Iglesia de los Pobres en Haití no cayó del cielo, sino que había condiciones muy específicas, que posibilitaron su surgimiento. La oposición entre la vida y la muerte es una realidad cotidiana en Haití. El duvalierismo, aun sin Duvalier, refiere a la situación de extrema miseria y de extrema represión. Este contexto hace resurgir de una forma vigorosa la aspiración elemental por la vida. La dictadura duvalierista eliminó a la oposición y dejó al pueblo haitiano sin líderes. Las clases subalternas buscaron entonces refugio en el clero católico para liderar su defensa de la vida.

En 1860 la República de Haití firmó un concordato con el Vaticano. Haití era la primera república negra y la primera nación del continente americano que acordó un convenio de esta índole con la Santa Sede. El Estado otorgó privilegios especiales a la Iglesia, mientras que ésta legitimaba el poder de la clase dominante. Este era el modelo de Iglesia que ha dominado en Haití, donde la gran mayoría era y sigue siendo católica. El régimen duvalierista, instalado en 1957, reforzó este modelo. De 1957 a 1966, 'Papa Doc' expulsó a varios obispos y muchos sacerdotes, porque no dieron su legitimación incondicional al régimen duvalierista.

Por maniobras político-ideológicas, F. Duvalier logró en 1966 un Acuerdo, firmado entre la Santa Sede y Haití, que creó las condiciones para una integración total de la Iglesia al sistema político duvalierista. Duvalier propagó el establecimiento de un clero negro y el nombramiento de obispos negros, en la línea de su discursos de defensa de la "negritud". En la misma época alrededor del Concilio Vaticano II, una de las ideas dominantes era que la misión tenía que insertarse en la cultura local, y el Vaticano apoyó entonces los planes de Duvalier. Todos los nombrados eran obispos duvalieristas u obispos agradecidos a Duvalier. En este período de 1966 a 1980 la jerarquía y muchos sacerdotes apoyaron y colaboraron con el ré-



gimen de Duvalier.

A partir de 1980 empezó una nueva era para la Iglesia de Haití. El 24 de octubre de 1980, después de una ola de arrestos arbitrarios, la Conferencia Haitiana de Religiosos (CHR), vocero de 1500 religiosos y religiosas de Haití, dio su primer comunicado de prensa de solidaridad con "los sufrimientos del pueblo haitiano" y criticó el sistema que produce miseria y represión, exigiendo justicia y vida para el pueblo. El 5 de diciembre de 1980, la CHR protestó contra el encarcelamiento y la expulsión de una gran cantidad de activistas haitianos en pro de los derechos humanos.

En 1980 se inicia el período que marca el fin del apoyo incondicional de la jerarquía a la dictadura duvalierista. En este año la Conferencia Episcopal Haitiana dio un mensaje al pueblo con ocasión de la Navidad, en el cual se destacaba la continuidad con una de las ideas centrales de Puebla, que era la opción preferencial por los pobres en la misión de la Iglesia. En la línea también de Medellín, los obispos haitianos denominan la situación de injusticia social en Haití como una situación de pecado.

Son las prácticas pastorales con sus demandas concretas de solidaridad las que van transformando el papel de la Iglesia. Un caso típico son las comunidades cristianas de Verrettes, quienes enviaron en 1980 una carta,

firmada por 6.500 personas, a todas las parroquias de Haití, pidiendo solidaridad. Era una protesta contra los planes del gobierno, que quería construir dos diques para suministrar luz a las fábricas de Puerto Príncipe y que implicaba la inundación de miles de hectáreas de tierras fértiles. Argumentan que la tierra es su vida y que este proyecto implica la muerte de muchos.

En noviembre de 1981 el boletín de la CHR publicó un largo dossier, subversivo para el orden duvalierista. Argumenta que el país tiene solamente dos opciones: o queda en manos de una minoría o se hace de todo el pueblo. En diciembre de 1982 se realizó el Simposio para el Congreso Eucarístico y Mariano, que resultó ser de importancia trascendental para la Iglesia Haitiana. Estuvieron presentes los obispos de Haití, los delegados de las siete diócesis, sacerdotes, religiosos y laicos, pues todos los niveles de la Iglesia estaban representados.

El mensaje del Simposio invita a "comprometernos con el hoy de Haití", que es caracterizado por la "división, la injusticia, la miseria, el hambre, el miedo, el desempleo, la falta de tierra para el campesino...". Este mensaje fue leído en todas las parroquias y fue recibido con entusiasmo por el pueblo.

El 28 de diciembre de 1982 Gérard Duclairville, un laico comprometido con las comunidades de base, fue arrestado, encarcelado y torturado. De todas las diócesis de Haití llegaron cartas de protesta de parte de las comunidades cristianas. El 27 de enero de 1983 los obispos y la CHR dieron un comunicado, que exigía la liberación de Duclairville y que fue leída en todas las iglesias. El 9 de febrero de 1983 fue un día de oración en todo el país para obtener la liberación de Duclairville. Gracias a esta presión popular, Duclairville fue liberado. Después de esta 'rebelión' católica contra el poder duvalierista, ya no se podía detener el proceso de cambio.

En marzo de 1983 el Papa Juan

Pablo II llegó a Haití y enfatizó la necesidad de un cambio de la situación de injusticia. Felicitó "a todos los que trabajan en ello, a los que defienden los derechos de los pobres". Esto fue vivido como un apoyo a la Iglesia de los Pobres de Haití. Además durante esta visita J.C. Duvalier renunció al privilegio de presentar y de aprobar los candidatos al obispado. Un mes después, la Conferencia Episcopal Haitiana, como respuesta al mensaje de Su Santidad, emitió una declaración, que justificaba el derecho de la Iglesia para intervenir en el terreno social y político. El 8 de diciembre de 1983 los obispos publicaron una "Carta de la Iglesia de Haití en favor de la promoción humana". La defensa firme de los derechos de los campesinos, de los trabajadores, de los pobres, marca el fin de la legitimación incondicional de la jerarquía católica al Estado duvalierista. A la vez anuncian algunos proyectos nacionales de la Iglesia haitiana: comunidades eclesiales de base, alfabetización, cooperativas, etc. Y terminan denunciando que "al nivel cultural, social, económico y político, hemos llegado... a dos sociedades donde una minoría ejerce todos los derechos a costa de la otra mayoría, reducida al silencio, dominada, explotada, viviendo para crear y perpetuar el bienestar y la comodidad de la pri-

mera".

Los documentos mencionados de la Conferencia Episcopal Haitiana hacen continua referencia al Concilio Vaticano II, a la Doctrina Social de la Iglesia, a las enseñanzas sociales de Juan Pablo II y a los documentos de Puebla. La Iglesia de los Pobres ha surgido en Haití dentro de la Iglesia oficial.

"Medellín" tuvo un impacto inmediato en toda América Latina, pero no en Haití. Esto se explica por el carácter absolutamente totalitario de la dictadura duvalierista, que controlaba cada espacio de la vida haitiana. La barrera lingüístico-cultural también impidió el contacto con los acontecimientos de la Iglesia Latinoamericana. Y las fuerzas internacionales llevaron una política de boicot desde la constitución de la primera república independiente de nuestra América en el siglo XIX.

A finales de los años setenta se dieron los primeros contactos directos entre jóvenes sacerdotes y religiosos con la escuela de la teología de la liberación. "Puebla" tuvo un gran impacto sobre los obispos haitianos, y el documento final de Puebla fue ampliamente discutido por los agentes de pastoral en Haití. Estos cambios ideológicos en un contexto de muerte o vida, favorecieron el proceso irreversi-

ble de compromiso con el Dios de la vida.

Esta Iglesia liberadora atrajo la ira del orden duvalierista, tanto antes como después de la caída de Duvalier. No nos sorprende, porque la Iglesia deslegitima religiosamente al orden duvalierista, presentándolo como la encarnación del mal. Lo que sí puede sorprender es la ola de violencia desatada contra la Iglesia Católica durante los últimos meses. Para comprender este fenómeno, hay que recordar varios factores.

En el Haití de los últimos treinta años no había espacio para organizaciones populares, como sindicatos o partidos políticos. En este vacío surgió la Iglesia Católica como la única organización a nivel nacional que podía aglutinar a las masas populares. Por el débil desarrollo social, la Iglesia asume tareas amplias a nivel de la educación, la alfabetización, la salud, las cooperativas, los medios de comunicación. La Iglesia de los Pobres significa ya todo un movimiento de masas, donde juegan un papel de vanguardia las comunidades eclesiales de base. Por eso no nos sorprende que la Iglesia de los Pobres aparezca en la lista negra como el enemigo principal. Además, este nuevo papel de la Iglesia es considerado como sacrilegio por parte de la clase dominante, porque

casi había surgido un nuevo dogma en Haití: que ser católico significaba estar al servicio de los intereses dominantes. En los años 80 vino el gran cambio, que suscitó la represión, pero también la admiración de todos los que amamos la justicia. Por eso esperamos una mayor solidaridad del Vaticano con esta Iglesia tan sufrida y que pronto salga una condena vigorosa de Su Santidad contra la persecución de la Iglesia de los Pobres en Haití. ¿No fue justamente Juan Pablo II, quien pronunció este discurso inolvidable en 1983 de que "las cosas deben cambiar" en Haití? No basta ya el discurso, es la hora de la acción.

